

## LA IDENTIDAD CULTURAL EN EL MEDIO MULTIETNICO NORTEAMERICANO

Los repentinos e imprevistos cambios mundiales de los últimos meses han creado un ambiente de esperanza y aprensión. (1) La caída de dictaduras es causa de celebración pero el resurgimiento del conflicto armado entre grupos étnicos, religiosos y países es causa de profunda lamentación. Cualquier episodio de violencia de cualquier escala, sea

guerrillera o conflagración internacional tiene en su corazón un amargo fracaso del proceso comunicativo entre seres humanos y sus culturas.

Todo lo sucedido últimamente ha provocado en mí como humanista, una reexaminación del tema fundamental de las relaciones cultura-

- 
1. Conferencia dictada en el Centro Colombo-Americano de Bogotá, Colombia, 16 de octubre de 1991, con el apoyo del Centro Colombo-Americano y la Corporación para la Producción y Divulgación de la Ciencia y la Cultura, bajo el patrocinio del Servicio Cultural e Informativo de la Embajada de los Estados Unidos de América.

les en mi país, en el hemisferio y en el mundo. Esta noche voy a compartir con ustedes algunas reflexiones sobre los componentes de aquellas relaciones; la etnicidad, la identidad y la cultura y las múltiples manifestaciones que toman en mi país de origen, los Estados Unidos. Las observaciones que les ofrezco no son de ningún modo cuantitativas. Para eso dependemos de los datos y estadísticas de las ciencias sociales.

Como folclorista y lingüista, el objeto de mi estudio son las lenguas en contacto. Donde hay lenguas en contacto, hay culturas y políticas en pugna también. En todo el mundo son poquísimos los casos de simetría bilingüe y equilibrio intercultural. Puede haber ejemplos entre las lenguas orientales o africanas que no conozca, pero en el mundo occidental, los únicos ejemplos de armonía y mutuo respeto lingüístico entre idiomas, que yo sepa, son en Bélgica entre el francés y el holandés y en Paraguay entre el castellano y el guaraní. Todos los otros casos responden a distintas manifestaciones de la misma dinámica de dominación y resistencia.

De experiencia propia, sólo

puedo hablar con autoridad de mi propio terruño, ese rincón de Estados Unidos que se conoce como Nuevo México, o como yo y mis colegas a veces lo llamamos, por su historia, con el resto del suroeste, la Norte América ocupada.

En Nuevo México las personas de descendencia hispana o mexicana somos bilingües e interculturales. Encarnamos todas las competencias y conflictos, si no milenarios entonces, por cierto más que quinto-cenenarios entre las civilizaciones hispanas y anglosajonas. Les recuerdo otra vez que la construcción de América, tanto como sueño dorado o como sociedad fue un proyecto no sólo de España sino de todos los otros países europeos, si no en forma directa e imperial como fue el caso con Portugal, Francia e Inglaterra, entonces en forma demográfica de las grandes migraciones como en el caso de los alemanes, italianos, y muchos otros. Para los inmigrantes europeos a Norteamérica, el espacio de dos generaciones ha sido todo el tiempo necesario para “norteamericanizarse”, es decir, sacrificar sus lenguas y culturas para asimilarse e incorporarse a la vida del país. En cambio, para nosotros, que ya



tenemos diez generaciones de ser ciudadanos de los Estados Unidos seguimos siendo distintos en cultura y lengua aunque nuestro bilingüismo ya no es tan simétrico. La mayoría de mi generación domina más el inglés. Es la lengua de nuestra educación, nuestra vida económica y política. Sin embargo, a pesar de que el inglés haya penetrado agresivamente casi todos los rincones de nuestra existencia, sentimos la lengua castellana como nuestra. El inglés manda nuestro quehacer cotidiano, pero el castellano y la cultura que expresa es dueño de nuestro corazón.

Sé que esto suena un poco raro para ustedes, pero puedo decirles que en México este mismo debate se convierte en cuestión de honor y vergüenza. Para la opinión popular mexicana somos traidores y oportunistas, los “pochos”, palabra de origen azteca que quiere decir “empalidecidos”, gente lista para sacrificar su cultura por el interés. Los mexicanos se jactan de ser el país latinoamericano que más sabe y que más ha sufrido de las ambiciones de expansionismo y dominación del Coloso del Norte. Sin embargo, hasta el último sexenio, han mostrado muy poco interés en escuchar las

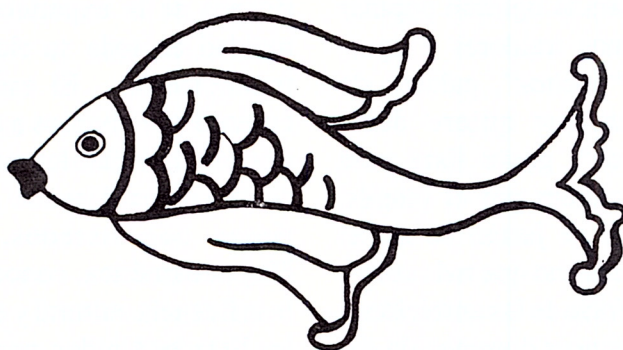
historias, consejos y advertencias de los paisanos abandonados al norte del Río Bravo en 1848 a causa de una trágica guerra que no comenzamos y una venta dudosa por el nefasto General Santa Anna del vasto territorio del sur de nuestro estado. No estoy lamentando nuestra condición, ni añorando el nacionalismo mexicano. Solo estoy subrayando los antecedentes históricos a nuestro dilema cultural actual. Nosotros y varios millones de inmigrantes más recientes del sur tenemos la experiencia directa de vivir en “la barriga del monstruo”, como decía José Martí cuando vivía en el exilio en Nueva York.

Lo que podemos ofrecer a nuestros hermanos hispanoamericanos es la experiencia de la etnicidad en toda su riqueza y contradicciones. El estado de sitio cultural que vivimos a diario es algo que ha fortalecido los mejores valores de la cultura hispana que compartimos con ustedes. Aquí en Hispanoamérica, conocen lo que es la influencia cultural y económica de los Estados Unidos, pero no saben lo que es ser sometidos a un proyecto de asimilación. En Hispanoamérica, los grupos étnicos son los indígenas

que todavía están sufriendo el agresivo impacto de la asimilación. Unicamente en Colombia, hay más de 13 familias lingüísticas y 70 distintas lenguas y culturas indígenas, una riqueza humana que prácticamente desconoce el ciudadano urbano, un tesoro cultural que por esa ignorancia y falta de aprecio está en peligro. Si queremos entender más profundamente a nuestra cultura hispana, hay que analizar cuáles son los elementos que aceptan o rechazan el indígena y por qué. Tienen mucho que enseñarnos de nosotros mismos. Voy a citar ahora un texto escrito por Gina Carrioni, integrante del equipo de antropólogos y maestros de la Corporación para la Producción y

Divulgación de la Ciencia y la Cultura, dedicados todos al noble proyecto de la etnoeducación en Colombia. Aquí se intenta una definición del concepto clave de la interculturalidad:

*“... la relación de articulación que se establece entre los grupos étnicos y la Sociedad Hegemónica, y que toma como punto de partida el conocimiento y valoración de los elementos propios de la cultura para luego, de manera consciente, conocer y valorar los elementos de otras culturas con las cuales tiene contacto. Esto no implica, tal como ha sido la creencia de algunas personas, volver al “pasado”, “retroceder”, “ais-*





*larse”; por el contrario, se busca que a través de esta interrelación, el indígena sea reconocido como miembro de la sociedad y tenga la posibilidad no sólo de acceder a su cultura sino también de apropiarse los avances tecnológicos desarrollados por otras culturas del mundo, ya que hasta el momento se les han impuesto a los grupos étnicos con el supuesto de que carecen de ellos y por lo tanto deben asumirse para ‘civilizarse’.” (2)*

Lo fascinante de este análisis es si se tacha la palabra indígena, reemplazándola con la palabra chicano, pocho, o hispano nuevo-mexicano, coincide palabra con palabra con el debate actual en Estados Unidos sobre nuestra presencia cultural en el norte. Ya hace siglo y medio, que las instituciones norteamericanas están tratando de “civilizarnos”, esperando que no vayamos a “retroceder” e insistir en mantener nuestra cultura y lengua nativas. En cierto sentido, compartimos la misma categoría cultural con el indígena norteamer-

ricano que actualmente está enfrentando la misma problemática.

Después de la ocupación militar de Nuevo México en 1846, se crearon reservas para los indígenas, pero no para los nuevo mexicanos. Como no tenemos territorio en reserva, ni fronteras políticas, ni aduanas que nos protejan de la influencia cultural y social de nuestros vecinos angloamericanos, hemos inventado y mantenido una complicadísima red de fronteras étnicas que dan definición a nuestra existencia cultural.

Después que la frontera internacional fue trasladada 300 millas al sur por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, el paisaje social fue redefinido con dichas fronteras étnicas que prescriben las relaciones y comunicaciones entre y dentro de los grupos. Como estos límites son permeables, el inventario de elementos y objetos culturales cambia constantemente. El inventario cultural que definía a los nuevo-mexicanos hispanos en 1846 es

---

2. Gina Carrioni, “Interculturalidad”, en *Etnoeducación: Conceptualización y ensayos* (Bogotá: Ministerio de Educación y Divulgaciones Culturales y Científicas “El Griot”, 1990), p. 134.

completamente distinto a la lista para 1991. En 1846 los nuevomexicanos controlaban sus tierras y vivían de la agricultura y el pastoralismo en una economía de intercambio. Los oficios y artesanías tradicionales se practicaban y el español era la lengua de la gente. En 1991, la usurpación de la tierra en grande escala ha resultado en un proceso de proletarianización que ha dejado muy poca gente en los empobrecidos pueblos raciales. La mayoría de los hispanos nuevomexicanos son urbanizados y trabajan en las industrias de servicio y para el gobierno, con una pequeña clase emergente de profesionistas. El inglés es la lengua del gobierno y el mercado, y una



economía de dinero y crédito promueve los valores de competencia individual sobre el comunalismo del pasado. Las tecnologías y estilos de vida cambian; las lenguas se adaptan, evolucionan o aun, se pierden, pero los límites étnicos todavía se mantienen. Lo que confunde la escena cultural en Nuevo México es el grado a que los límites étnicos son mitificados o aun negados. La clarificación frente a frente es demasiado dolorosa y se evita cuando es posible. Pero el hecho histórico es tan claro como nuestra existencia. Somos bilingües e interculturales y orgullosos de este doble tesoro que guardamos.

En el mundo que vivimos hoy no somos únicos ni excepcionales. La mayoría de las naciones del mundo encierran sus etnias. El estudio de la etnicidad y su dinámica cultural en países grandes y con tanta diversidad humana como los Estados Unidos y la Unión Soviética es lo que más revela el verdadero rostro de sus procesos sociales y políticos. En este paso ayuda recordar una lección de la etimología. El vocablo etnia remonta a la preclásica época pastoril griega cuando su raíz etimológica denotada el corral de palos donde se



guardaban las cabras. En el amanecer de la época neolítica, los pastores descubrieron que valía tener algunas cabras en el rebaño de ovejas para darles dirección en sus andanzas, para que no se perdieran. La cabra y la oveja son muy parecidas biológicamente, pero son muy distintas en su personalidad. Si se suelta la cabra en una isla desierta como hacían los marineros y exploradores, no tienen ninguna dificultad en volver a la naturaleza. La oveja en cambio, es tan domesticada que moriría en tal situación. Aunque hemos sacrificado su inteligencia e independencia como animal, la recompensa ha sido una carne más rica y en más generosas cantidades. Si estos rumiantes fueran humanos, diríamos que tienen culturas distintas. Los grupos étnicos son como esas cabras. Están rodeados de un grupo cultural mucho más grande en número que ellos. Para seguir siendo lo que son y no desaparecer en el rebaño, tienen que ser de algún modo más listos que la mayoría para mantener su cultura y escoger los elementos que les benefician de la cultura mayoritaria. Esto no es oportunismo, sino estrategia para la sobrevivencia. El corralito de palos que nos encierra en las noches es una metáfora muy

acertada. Es la frontera étnica que mantenemos para guardar nuestra alteridad, nuestra diferencia cultural. A fin de cuentas también somos útiles a la sociedad que nos encierra, si nos saben comprender y tratarnos con respeto. Como dije, la relación del grupo mayoritario a sus etnias es lo que más revela su carácter como sociedad. Si por la lucha social esta relación se convierte en alianza, los beneficios son mutuos.

La creación y mantenimiento de las fronteras o límites de etnicidad es un nuevo acercamiento que aporta la antropología para entender el proceso que estamos viviendo. El secreto es que la cultura no se hereda



pasivamente de una generación a otra, sino que se recrea en cada generación adaptando el pasado a las exigencias del presente. Para no hablar demasiado en abstracciones, aunque la teoría de la reproducción cultural es otra clave para entender el complejo fenómeno de las relaciones culturales, les ofrezco un ejemplo concreto de Nuevo México. Ustedes saben la importancia de los nombres. Son pequeñas banderitas de identidad personal, familiar y cultural. Los términos de designación étnica aplicados a un grupo o inventados por el grupo mismo para autodesignarse son un fascinante índice de las exigencias culturales.

Un señor, vamos a llamarlo Domínguez, de Santa Fe, de sesenta años, que conozco se identifica como Mexican American. Fue soldado raso en la Segunda Guerra Mundial y aprovechó de las becas universitarias ofrecidas a los veteranos para estudiar una profesión. Esta apertura educativa fue masiva y creó toda una nueva generación politizada, por primera vez conscientes de cómo proteger sus derechos.

A su padre le toco vivir una época un poco más difícil en las

primeras décadas del siglo cuando el término más apropiado en inglés para autodesignarse era “Spanish-American”. Esta opción respondía a la política de aquella época cuando Nuevo México primero fue admitido como estado a la unión americana. “Spanish” era un término mucho más aceptable que “Mexican”.

Sus hijos, de mi edad aproximadamente, se identifican como “chicano”, término de autodefinition que implica cierto compromiso social y conscientización política. Esta generación se atrevió a hacer lo que sus padres solo soñaron. Protestaron la política externa e interna del país durante la Guerra de Vietnam. Su educación universitaria les permitió hacer carreras y ahora han penetrado muchas profesiones antes negadas a este grupo étnico.

El nieto del Sr. Domínguez recién empieza sus estudios universitarios y ha encontrado que el término “chicano” es ya estigmatizado. Aunque tuvo cierta aceptación durante los setentas, la próxima década y su ambiente más conservador produjo un nuevo término, “Hispanic,” que es una designación oficial que el gobierno



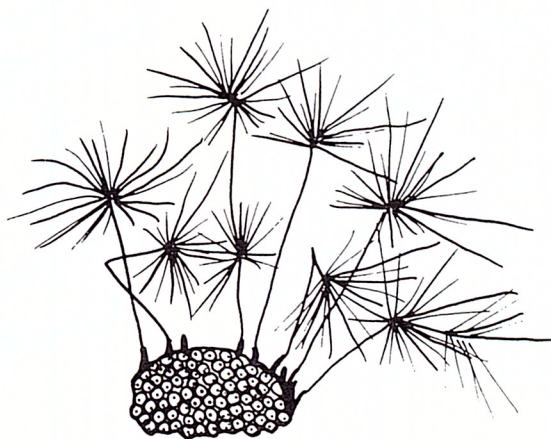
usa para referirse a los “Latinos” en general, es decir, a toda la gente de descendencia española o hispanoamericana. “Hispanic” como término no ofende a nadie, y además, las becas universitarias de estos días se llaman “Hispanic scholarships”. Hay que ser prácticos.

Es interesante añadir que cuando estos individuos de cuatro generaciones de la familia Domínguez se juntan hablando español, se dicen simplemente “mexicanos,” palabra cuya traducción al inglés se evita por todos. “Mexican” en inglés pronunciando al estilo texano “Meskin” es un insulto racial.

Ahora para anticipar las preguntas e intervenciones que invito al final de esta charla, hay que hablar de

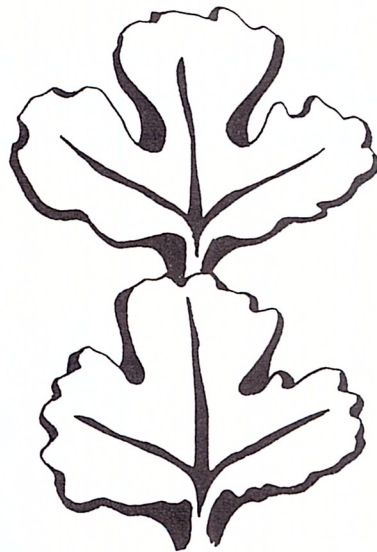
la gran cuestión de raza y racismo, especialmente en cuanto al norteamericano de descendencia africana. Es difícil acercarse a este tema tan fundamental, porque hablo con menos autoridad y experiencia del problema. Solo puedo referirles el excelente trabajo de mis colegas afroamericanos, antropólogos y sociólogos que por fin están contando su propia historia como yo les cuento la mía. El racismo es la fuente de muchos problemas sociales en mi país, pero no es nada fácil de entender o desenredar, porque lo complica el análisis de clase social.

Les puedo ofrecer un modelo de nuestra cultura política que se oye tanto en el análisis social como en la demagogia de las campañas políticas. Hablo del famoso “crisol” cultural



de Norte América, que ofrecía al inmigrante al país una nueva identidad nacional; dentro de dos generaciones sacrificaba su cultura y su lengua. Este modelo ha funcionado para los inmigrantes europeos que sí han logrado asimilarse a su nuevo país. Sin embargo para los inmigrantes de color (cualquiera que sea, los descendientes de la América ocupada, el suroeste del país, el “crisol” es el amargo símbolo de un proceso social que ha resultado en su marginación. El problema ha sido que la temperatura del famoso “crisol” no es suficientemente alta para fundir y borrar la discriminación racial. El negro que deja su desprestigiado dialecto nativo de inglés y aprende lo que se denomina el “inglés estandar americano” puede tener mejores oportunidades para el trabajo, pero nunca será completamente aceptado por la sociedad mayoritaria. El indígena que deja de ser indio culturalmente y lingüísticamente tampoco logra la aceptación. En la Norte América ocupada, el suroeste del país, los nativos resisten al “crisol” aferrados a su cultura y los inmigrantes del sur tienen suficientes contactos con la madre patria que tampoco se adaptan.

Curiosamente, la respuesta popular al desprestigiado “crisol” apareció en la última campaña presidencial cuando el candidato negro Jesse Jackson empezó a hablar de una nueva “coalición del arcoíris” y la metáfora de la sociedad norteamericana como una “colcha de retazos” compuesta de muchos colores y fragmentos culturales de todos los grupos étnicos del país. En sus discursos políticos pronunciados con toda la retórica de un sermón afroamericano, Jackson hablaba de su nueva visión de un país multilingüe y multicultural, que por la variedad de su gentes nunca le iba a faltar una





nueva perspectiva o una nueva solución.

Es interesante observar cómo nuestra cultura popular responde a las metas de ampliar nuestro concepto de nacionalidad.

De mi parte solo les puedo asegurar que el brillante y codiciado fruto de la sociedad norteamericana encierra un gusano en su corazón que dolorosamente lo roe para recordarnos de la contradicción fundamental de nuestra nación. En la raíz de nuestra nacionalidad están las bellas y proféticas palabras de los fundadores, los autores de nuestras declaraciones de autodeterminación y documentos de federación que dicen:

*All men are created equal and are entitled to life, liberty, and the pursuit of happiness. (Todos los hombres son creados iguales y tienen derecho a la vida, la libertad, y la búsqueda de su felicidad).*

En su interpretación universal, estos son documentos para todos los tiempos. Pero para empezar, hay que leerlos en su contexto original e histórico. “Todos los hombres”

entonces quería decir, todos los hombres blancos de propiedad, no mujeres, no esclavos, y no hombres blancos sin propiedad. Hasta cierto punto el desafío del gran proyecto social de Norte América ha sido de cambiar el contexto original al nuevo contexto universal tan prometedor. La interesantísima correspondencia entre George Washington y Simón Bolívar revela que los fundadores estaban conscientes tanto de las metas como de las contradicciones del proyecto de la construcción de naciones.

Pero para mi gusto son los poetas los que más han articulado el sueño de una América grande y generosa, compuesta de muchas culturas viviendo en armonía y mutuo respeto de sus diferencias y gozando de los tesoros culturales de todos. En el norte Walt Whitman lo dijo y Pablo Neruda su hermano del hemisferio lo ha dicho en el sur, hablando en los mismos términos visionarios y universales. En su poema “América” demasiado largo para citar aquí, Whitman habla del norteamericano diciendo:

*Of every hue and caste am I, of every rank and religion,*

*A farmer, mechanic, artist,  
gentleman, sailor, quaker,  
Prisoner, fancy-man, rowdy, lawyer,  
physician, priest,  
I resist any thing better than my own  
diversity.*

Walt Whitman

*De todo matiz y casta soy yo, de todo  
rango y religión,  
Campesino, mecánico, artista,  
caballero, marinero, cuáquero,  
Prisionero, galán, señorito, abogado,*

*médico, cura,  
Resisto cualquier cosa mejor que mi  
propia diversidad.*

En Hispanoamérica ustedes tienen la gran tradición de incorporar los poetas a su vida política. Si quieren saber cuál es el partido político de mi devoción como norteamericano, tendría que confesarles que es el de Whitman. ¡Qué viva nuestra América desde oriente al poniente, desde el norte al sur! Gracias. ■

